

The cover art features two characters in a tense conversation. On the left is a large, green-skinned orc with a thick beard and braids, wearing ornate blue and gold armor with a white fur trim. On the right is a smaller, orange-skinned character with a mohawk and pointed ears, wearing brown leather armor with white fur trim and metal chains. The background is a dark, rocky cavern with a red banner hanging in the distance. At the top, the 'World of Warcraft' logo is set within a circular emblem, with 'THE WAR WITHIN' written below it.

WORLD
WARCRAFT
THE WAR WITHIN

TIERRAS ANCESTRALES

por ADAM CHRISTOPHER

3

LÍNEAS de SANGRE



Thrall se despertó con un jadeo. Intentó levantarse, pero un par de manos lo empujaron con cuidado para que volviese al catre.

—Cuidado, am’osh.

Thrall parpadeó para ver mejor.

—Aggra —susurró. Con su ayuda fue capaz de incorporarse poco a poco. Entonces, asaltado por un recuerdo repentino, se llevó los dedos al lugar donde lo había alcanzado la flecha. Dolía, pero la herida había sanado y la insensibilidad de su brazo había desaparecido.

—Los lok’osh son habilidosos —dijo Aggra—. Dijeron que tu fuerza tardaría un tiempo en volver por completo, pero creo que subestiman tu aguante. —Sonrió—. No estoy segura de que se crean que viniste caminando desde Stromgarde en tu estado.

Thrall gruñó.

—¿Cuánto tiempo llevo sin conocimiento?

—No más de unas pocas horas.

Thrall sacó las piernas del catre y permitió que Aggra lo ayudara a ponerse de pie. La abrazó y le pasó los dedos por la mejilla.

—Me alegro de verte, amor mío.

—Y yo a ti —contestó ella. Hizo una pausa—. Ojalá pudiera despertarte con noticias mejores.

Thrall suspiró.

—¿No ha habido suerte con Geya'rah?

Aggra negó con la cabeza.

—La situación es... complicada.

Thrall se masajeó el hombro dolorido.

—Ya me he dado cuenta.

Echó un vistazo a su alrededor y vio que estaban en unos modestos barracones. Al otro lado de la habitación había otro catre en el que habían colocado la armadura de Thrall: la misma que, en su día, perteneciese a Orgrim Martillo Maldito.

El viaje a través de las Tierras Altas volvió a los pensamientos de Thrall, y recordó con claridad su sueño febril. Mientras comenzaba a vestirse, pensó en lo extraño que era volver allí con la armadura de Martillo Maldito al mismo tiempo que volvían a recrudescerse los viejos odios entre orcos y humanos.

¿Qué haría falta para que Azeroth pudiera superar aquello, para dejar atrás un pasado que merecía, si no ser olvidado, al menos quedar reducido a un simple capítulo de la historia?

Se puso las enormes hombreras con púas sobre los hombros y se abrochó las correas del pecho. —Debo hablar con Geya'rah de inmediato.

—Go'el —dijo Aggra—. Puede que sea más complicado de lo que crees.

Thrall soltó un gruñido.

—Pero ¿sabe que estoy aquí?

—Claro. Tuvimos la suerte de que decidiera enviar la patrulla que te encontró. No confiaba que en Stromgarde quisieran tratar contigo.

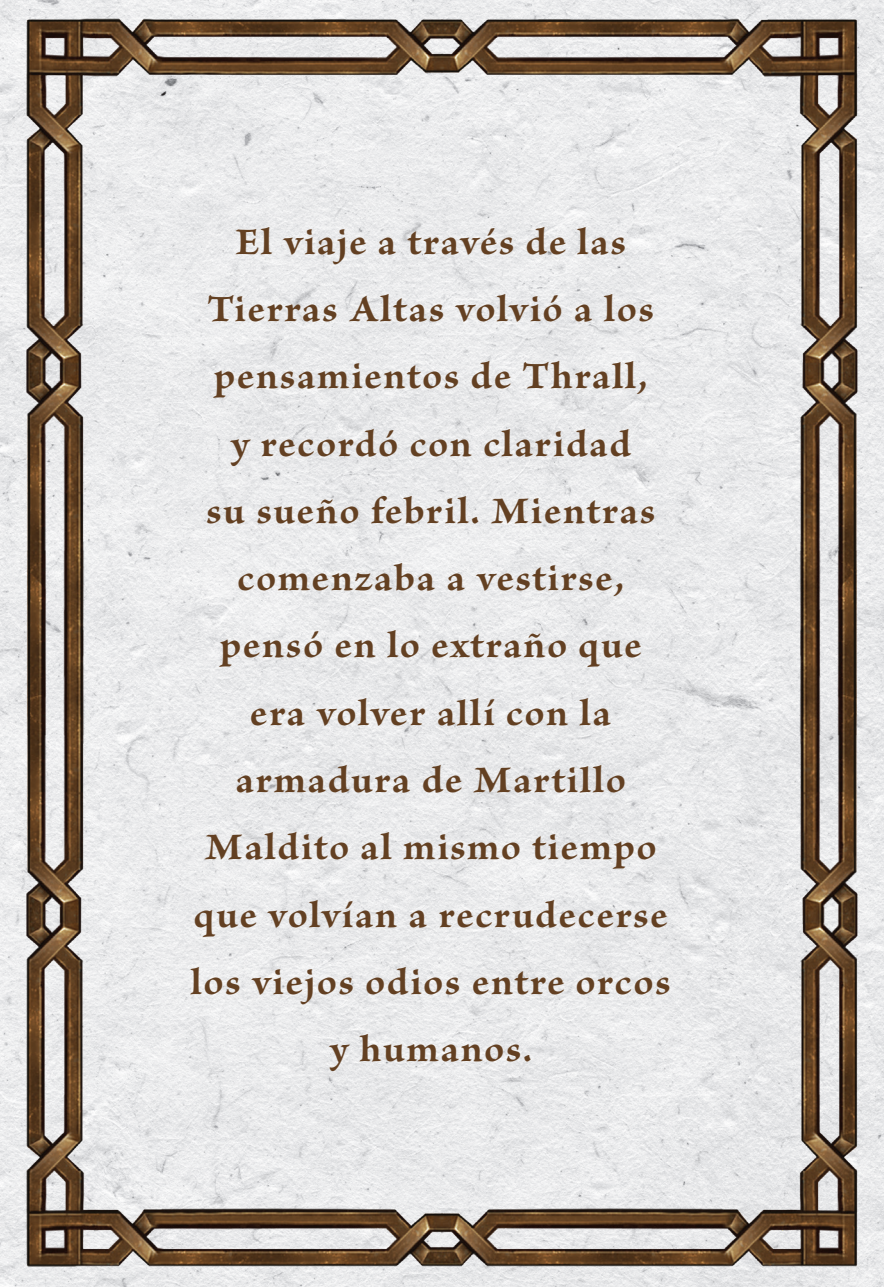
Thrall empezó a calzarse las botas.

—Pues es hora de hablar.

—No lo entiendes —dijo Aggra—. No te concederá una audiencia.

—Eso ya lo veremos —dijo Thrall.





El viaje a través de las
Tierras Altas volvió a los
pensamientos de Thrall,
y recordó con claridad
su sueño febril. Mientras
comenzaba a vestirse,
pensó en lo extraño que
era volver allí con la
armadura de Martillo
Maldito al mismo tiempo
que volvían a recrudecerse
los viejos odios entre orcos
y humanos.

Thrall se abrió paso por los pasillos de la base, seguido de cerca por Aggra hasta llegar a una cámara custodiada por dos Kor'kron, que se apartaron de la puerta de forma instintiva para dejarlo pasar. Parecía que Danath tenía razón con lo que había dicho en Boralus: aunque Thrall nunca había tenido razones para comprobarlo, los Kor'kron seguían acatando su autoridad en ausencia de un jefe de guerra. Al entrar en la cámara del consejo, vio a Geya'rah inclinada sobre una mesa cubierta de mapas junto a otros dos orcos: el general Kor'kron, Talgar, y otro guerrero de piel verde y barba gris al que se sorprendió de ver allí.

—¡Eitrigg! —gritó Thrall mientras se dirigía a saludar a su viejo amigo—. ¿Qué hacen aquí los Roca Negra?

Eitrigg agarró el brazo estirado de Thrall a modo de saludo.

—No eres el único que está aquí en una misión diplomática, Thrall. Pero me alegro de verte. Nos vendría bien tu consejo.

Geya'rah respondió a su comentario frunciendo el ceño.

—Eitrigg me ha aconsejado que no actúe, mientras los campos de las Tierras Altas siguen impregnados por la sangre de nuestra gente. Sus ojos se cruzaron con los de Thrall, quien, en su furia, reconoció un fuego que él mismo había sentido con frecuencia. Él y Geya'rah se parecían en muchas cosas.

—Pero aquí yo estoy al mando —dijo Geya'rah mirando a Eitrigg antes de volver a encararse a Thrall—. Y si quisiera tu consejo, Go'el, ya te lo había pedido.

Thrall se mantuvo firme.

—Parece que llego muy tarde, y pido perdón por ello. Debo hablar contigo, Geya'rah. —Señaló a su compañera—. Seguro que Aggra te lo ha contado todo.

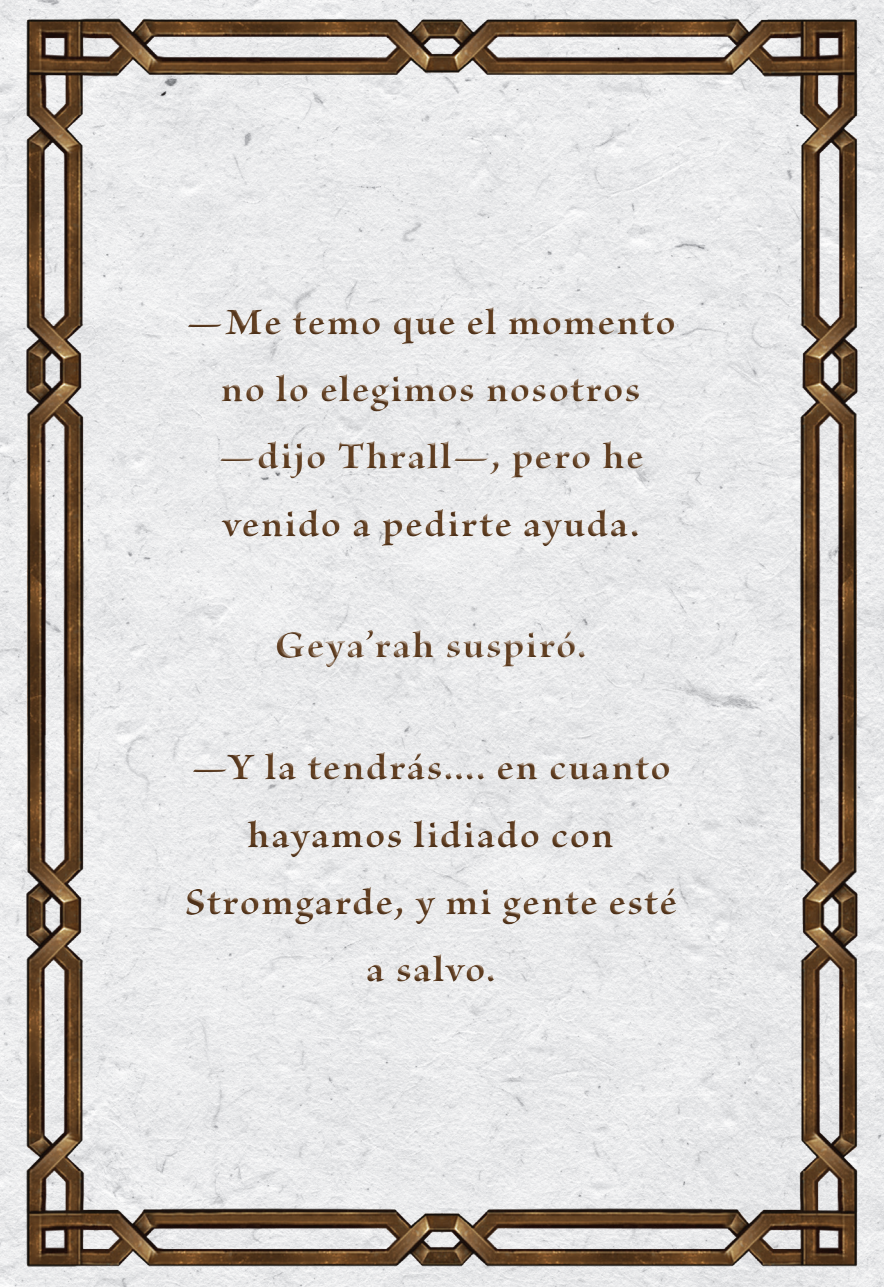
—Me ha contado muchas cosas que ya sabía —dijo Geya'rah—, y llegas en el peor momento posible, amigo.

—Me temo que el momento no lo elegimos nosotros —dijo Thrall—, pero he venido a pedirte ayuda.

Geya'rah suspiró.

—Y la tendrás... en cuanto hayamos lidiado con Stromgarde, y mi gente esté a salvo.

Thrall miró de reojo a Eitrigg, pero el viejo orco se limitó a negar con la cabeza. Si Geya'rah había solicitado el consejo del jefe Roca Negra, estaba claro que la situación



—Me temo que el momento
no lo elegimos nosotros
—dijo Thrall—, pero he
venido a pedirte ayuda.

Geya'rah suspiró.

—Y la tendrás.... en cuanto
hayamos lidiado con
Stromgarde, y mi gente esté
a salvo.

era mala. Debía seguir el ejemplo de Eitrigg: no estaba allí para conseguir que Geya'rah cooperara por medio de la intimidación. Estaba allí para negociar.

—Cuéntame lo que está ocurriendo —dijo mientras señalaba el mapa—. Quizá podamos ayudarnos mutuamente.

Geya'rah no se movió. Apretó los músculos de la parte posterior de la mandíbula mientras miraba a Thrall. Después asintió y pareció calmarse.

—Está bien —dijo—. Desde que llegamos aquí, hemos coexistido en paz con Stromgarde. —Señaló su posición en el mapa—. Ambos teníamos problemas con los depredadores de la zona, y todos nos beneficiábamos al reducir su número. Pero cuando su deber lo llevó a Ventormenta, Danath Aterratrols nombró a su sobrina, Marran, como regente. Solo tuvimos unos meses de paz hasta que comenzó a reunir a las fuerzas auxiliares de la Séptima Legión. —Lanzó varias fichas sobre la mesa que representaban a las fuerzas auxiliares—. Dijo que lo hacía para ayudar a Stromgarde y para proteger las granjas frente a los depredadores, pero sus patrullas no tardaron en aventurarse cada vez más lejos de su base. Lo que antes eran encuentros amigables entre nuestras fuerzas, de repente dio paso a la violencia. La escaramuza de hoy ha sido otra afrenta, y dudo mucho que sea la última, con esa mujer.

—Los humanos no hacen más que provocar —dijo Talgar—. Es como un deporte para ellos.

—No nos han dejado opciones —dijo Geya'rah—. La única forma de garantizar la seguridad de nuestra gente era solicitar que los Kor'kron vinieran aquí para reforzarnos.

Colocó una ficha de un color distinto en la mesa, que cayó pesadamente junto a Sentencia.

Thrall suspiró.

—Algo que Marran también habrá interpretado como un claro acto de intimidación. —Clavó la mirada en Talgar—. La presencia de dos ejércitos aquí, frente a frente, constituye un gran peligro. Hay otra solución.

Geya'rah se echó a reír. —Por favor, cuéntanosla.

—Hablar —dijo Thrall. Hizo un gesto en dirección a Eitrigg—. Diplomacia. Negociación. En estos momentos, lady Jaina Valiente está en Stromgarde con la misma misión que yo.

—Pues le deseo mucha suerte —dijo Geya'rah—. Marran Aterratrols no es amiga de conversaciones. Prefiere que sean sus arqueros los que hablen por ella. Además, como te he dicho, no tiene intención de detenerse.

—Expílicate —dijo Thrall.

—Sabemos que Stromgarde está planeando un ataque —dijo Talgar—. Esta vez no hablamos de una mera escaramuza: pretenden conquistar territorio y expandir sus fronteras.

Aggra se acercó a la mesa.

—¿Pretenden asediar Sentencia?

—Esos cobardes no se atreverían —dijo Geya'rah—. No, su objetivo es la Granja Go'shek. —Señaló la ubicación en el mapa—. Si Marran cree que se puede llevar una victoria fácil contra nuestros granjeros, está terriblemente equivocada. —Miró a Thrall—. Y créeme si te digo que, incluso con la Séptima Legión, Stromgarde caería rápidamente contra la fuerza de los Mag'har, y ya no digamos contra los Kor'kron. Muchos morirán y no serán orcos.

Thrall miró a Geya'rah y volvió a reparar en el fuego de sus ojos. Se parecía tanto a él y a la vez eran tan... distintos. Lo cierto es que él había estado en la posición que ella tiempo atrás. Thrall aprendió de aquello, pero Geya'rah parecía haberse endurecido. Quizá fuese porque procedía de otro mundo, de otra línea temporal. Era la prueba viviente de las costumbres más antiguas y duras de Draenor.

Negó con la cabeza.

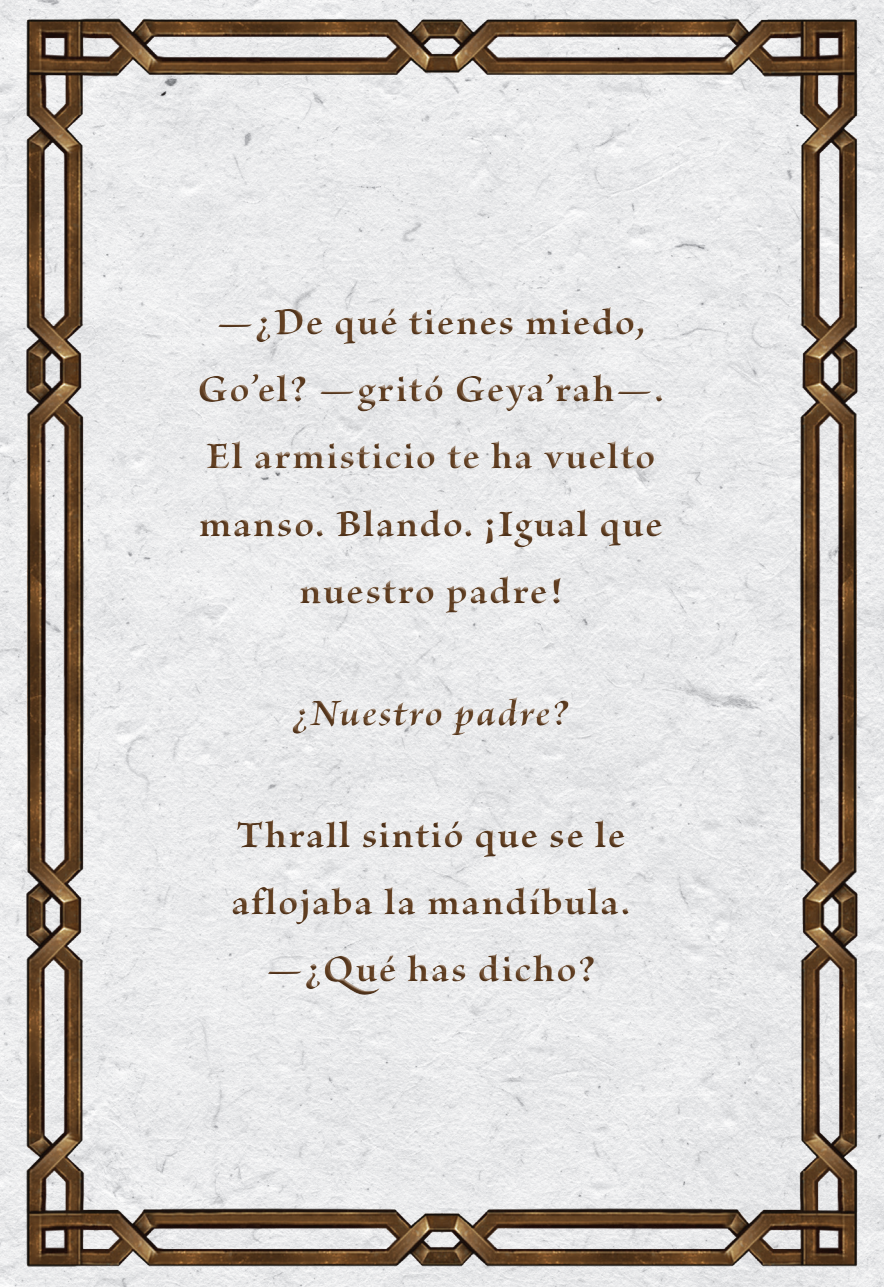
—Geya'rah, si Stromgarde cae, todo el poder de la Alianza responderá. *Hay una alternativa.*

—¿La diplomacia? —le espetó Geya'rah—. Uno de *sus* arqueros te disparó durante una *misión diplomática*. ¿Me vienes con diplomacia mientras el enemigo se prepara para masacrar a nuestros civiles con emboscadas? Marran Aterratrols tiene la intención de destruirnos. Ve la victoria como el único camino hacia la paz.

Thrall notó que se le subía la sangre a la cabeza mientras daba un paso para acercarse a Geya'rah.

—¡Pues *enséñale!* Sé la primera en proponer un acuerdo. ¡Te desafío! Demuéstrale que *siempre* hay un camino mejor.

—¿De qué tienes miedo, Go'el? —gritó Geya'rah—. El armisticio te ha vuelto



—¿De qué tienes miedo,
Go'el? —gritó Geya'rah—.
El armisticio te ha vuelto
manso. Blando. ¡Igual que
nuestro padre!

¿Nuestro padre?

Thrall sintió que se le
aflojaba la mandíbula.

—¿Qué has dicho?

manso. Blando. ¡Igual que nuestro padre!

¿Nuestro padre?

Thrall sintió que se le aflojaba la mandíbula.

—¿Qué has dicho?

Pero Geya'rah no le escuchaba ya.

—Yo estoy viva y Durotan no porque he visto el odio desenfrenado y me he atrevido a enfrentarme a él. —Golpeó la mesa de guerra con el puño—. No hace mucho que los humanos tenían a los orcos como *esclavos* en este mismo lugar. ¡Aggra me dijo que tú estuviste aquí para liberarlos! ¿O es que has olvidado el legado de la armadura que llevas, hermano?

Al oír esto, Thrall retrocedió un paso. Parpadeó mientras mil pensamientos cruzaban por su cabeza.

—¡Ya es suficiente! —dijo Aggra para hacer callar a Geya'rah.

Le puso a Thrall una mano en el brazo. Él se volvió hacia ella... y pudo verlo. Se le notaba en la cara.

—¿Hermano? —dijo.

Aggra abrió los ojos de par en par. —Go'el, yo...

—¿Tú lo sabías? —Asintió sin esperar una respuesta—. Lo sabías.

Thrall le apartó la mano y se marchó apresuradamente de la cámara del consejo.



Tras regresar al fuerte, Jaina se dedicó a cavilar en sus aposentos. Era consciente de que tendría que marcharse al día siguiente a menos que consiguiera que entrase en razón la familiar de Danath. El tiempo se agotaba. Al darse cuenta de ello, soltó un suspiro y decidió ir a buscar a Marran. Stromgarde había sufrido un derramamiento de sangre aquel día y las emociones de Marran, como era lógico, estaban a flor de piel. Mientras el sol se hundía en el horizonte, Jaina sintió que sus esperanzas se habían desvanecido.

Sin embargo, cuando abrió la puerta de sus aposentos, se quedó atónita al encontrarse allí a Marran, con aspecto exhausto y algo avergonzado.

—Siento... siento lo que dije antes —dijo—. Me precipité.

—No te preocupes —dijo Jaina—. Pero me gustaría seguir hablando contigo.

—Vamos a algún sitio para hacerlo en privado —ofreció Marran—, lejos de los oídos del castillo.

Marran guio a Jaina hasta una larga cámara de piedra, fría y oscura. Solo disponían de la luz de una antorcha que la joven había recogido recogió de la pared y el suave resplandor del bastón de Jaina. Estaba claro que la cámara era antigua, y estaba enterrada en las profundidades del castillo de Stromgarde. Las largas escaleras de caracol que las habían llevado hasta allí estaban desgastadas por el paso de incontables siglos, y los sillares que formaban las paredes de la cámara eran distintos por su forma y tamaño a los de la ciudad que tenían arriba.

Marran se detuvo y sostuvo la antorcha en alto.

—Caminamos por Arathor —dijo—. Esto es todo lo que queda de aquel lugar ancestral. El último eco de un mundo antiguo. Es un lugar adecuado para que podamos hablar con libertad.

Jaina asintió.

—Me crie con la leyenda. Thoradin tuvo la visión de su padre, ataviado con el pellejo de un lobo negro, y fundó el primer reino humano.

Marran negó con la cabeza.

—No es una leyenda. Es *historia*. Una historia que se me ha confiado para que la honre y enriquezca con mis contribuciones. Una historia que no debe olvidarse.

Suspiró y se volvió hacia Jaina.

—Quiero continuar nuestra conversación de antes, pero antes quiero hablar contigo sobre esto. Sacó un trozo de papiro arrugado.

Los ojos de Jaina se abrieron de par en par en la luz tenue: era la carta que le había enviado a Danath.

—Mi maestra de espías, Zatacia, es muy hábil con el arco, como pudo comprobar tu amigo el orco. Es una lástima que tuviera que morir un caballo valioso, pero la guerra exige sacrificios.

El brillo del bastón de Jaina se intensificó ligeramente.

—Marran —dijo—, ten cuidado con lo que haces.

Marran ignoró el comentario.

—Cuando me enteré de que venías —dijo—, creí que lo hacías para ayudarme.

—Nuestro pueblo está desmoralizado —dijo Marran mientras se disponía a comenzar su labor—. Eso lo descubrí al enfrentarme a todos los conflictos que han azotado Stromgarde. Siempre nos resguardábamos en este castillo durante algún tiempo, pero al final nos trasladaban al campo o nos llevaban a las fortalezas de nuestros aliados.

Mientras tanto, yo no hacía más que leer historias gloriosas mientras mis padres morían y mi tío marchaba a la guerra una y otra vez. Me quedé encerrada en este fuerte, impotente al comprender lo poco que quedaba del legado de Arathor.

Que quizá tú *entenderías* la posición en la que nos ha dejado mi tío.

Guardó silencio unos instantes, que Jaina, respirando hondo, aprovechó para hablar.

—Marran, quiero ofrecerte mi consejo —dijo—. Pero debo serte sincera y hacerlo con las mejores intenciones. Las mentiras no te servirán de nada.

El puño de Marran apretó el papiro con más fuerza.

—Pues dame tu consejo sincero.

Jaina apretó la mandíbula mientras pensaba. Ahora mismo cada palabra era importante.

—Los Mag'har son un pueblo forjado en la batalla —explicó—, y los Kor'kron son los guerreros de élite de la Horda. Si sigues alimentando las tensiones con los Mag'har, saldrás *perdiendo*. Dices que quieres honrar a tu pueblo y velar por él. Forja un pacto con Geya'rah y deja que ambos pueblos se enriquezcan a través de la *amistad*.

Marran caviló durante unos instantes.

—Me encuentro en la misma sala que la maga más poderosa de todo Azeroth, la misma que inclinó la balanza en la batalla por Lordaeron a favor de la Alianza. ¿Y me dices que saldría perdiendo de todos modos?

Jaina exhaló un suspiro ante esta respuesta.

—He venido a ofrecerte mi consejo, Marran, no mi magia.

Marran se la quedó mirando unos instantes y luego se volvió para caminar hasta el otro lado de la sala. Se detuvo y se arrodilló; la luz de su antorcha iluminó una masa grande y oscura que había sobre el suelo.

Jaina la siguió, pero soltó un jadeo al ver lo que era.

Era un lobo muerto. Todavía llevaba el arnés de su jinete Kor'kron. Había hablado con Thrall muchas veces sobre las monturas de los orcos. La relación entre un orco y un lobo, sobre todo para el clan Lobo Gélido, se basaba en el respeto y en la amistad, no en la disciplina y la doma. La pobre criatura era enorme, y su tupido pelaje negro brillaba a la luz de la antorcha.

Marran se puso de pie y, colocando la antorcha en un antorchero de pared, se sacó un cuchillo corto de hoja curva del cinturón. Agarró el pelaje del lobo por la parte posterior de su cabeza y tiró. Las mandíbulas de la criatura se abrieron, mostrando unos dientes blancos y afilados como dagas.

—Nuestro pueblo está desmoralizado —dijo Marran mientras se disponía a comenzar su labor—. Eso lo descubrí al enfrentarme a todos los conflictos que han azotado Stromgarde. Siempre nos resguardábamos en este castillo durante algún tiempo, pero al final nos trasladaban al campo o nos llevaban a las fortalezas de nuestros aliados. Mientras tanto, yo no hacía más que leer historias gloriosas mientras mis padres morían y mi tío marchaba a la guerra una y otra vez. Me quedé encerrada en este fuerte, impotente al comprender lo poco que quedaba del legado de Arathor.

Jaina no pudo hacer otra cosa que observar con horrorizada fascinación cómo comenzaba a despellejar al lobo, asqueada porque sabía lo que representaba el ritual.

—La caída de Dalaran, por irreconocible que se hubiera vuelto en los últimos tiempos, marca el final de otro reino humano. Gilneas ha sucumbido durante mucho tiempo al añublo, por no hablar de lo que ocurrió en Alterac... o en Lordaeron.

Con un desagradable ruido de desgarró, Marran separó la piel del músculo y los huesos.

—Casi pierdes tu puesto en la Cuarta Guerra. Y Ventormenta... era antes un país *atrasado*, pero ahora nos dirige y determina a qué *tenemos* derecho entre todo lo que consigue la Alianza.

La regente de Stromgarde cortó con cuidado la piel de la espalda y levantó su trofeo entre salpicaduras de sangre. Marran envainó el cuchillo, arrancó limpiamente el pellejo del lobo y lo extendió sobre las antiguas losas de Arathor.

—Nuestro pueblo se vuelve hacia nosotros en busca de fuerza, pero se lo vendemos una y otra vez a la Alianza. Enviamos nuestro grano a sus ejércitos mientras los stromgardianos pasan hambre. Les enviamos nuestros combatientes mientras los niños crecen sin conocer su antiguo legado. Y aquí apenas podemos repeler a los ogros, a la Hermandad o a cosas peores.

Marran se puso de pie y recogió la antorcha del antorchero. Bajo el brillo de la luz parpadeante, Jaina vio que la piel de Marran estaba cubierta de sudor y que su pecho subía y bajaba a causa del esfuerzo. Pero también vio otra cosa. La regente guardaba en silencio ante el pellejo y lo contemplaba fascinada, a pesar de que había sido ella quien lo acababa de preparar.

A Jaina se le encogió el corazón al comprender la verdad.

Marran era algo más que una gobernante inexperta o una idealista.

Era una *creyente*. Una creyente de un pasado glorioso que Jaina sabía que era una fantasía. Marran alimentaba una nostalgia equivocada, e incluso peligrosa, por una época dorada que ella misma nunca había vivido.

Marran miró a Jaina.

—Las Tierras Altas de Arathi pertenecen a la humanidad. Son el corazón de un gran imperio cuya sangre fluye por *nuestras* venas incluso ahora, Jaina. Debemos purgarlas de los invasores y recuperar nuestro reino. Es nuestro derecho de nacimiento. Es por lo que luchó Thoradin. Y nosotros... Y *yo* estoy destinada a continuar su legado.

Jaina hizo un esfuerzo por no parecer condescendiente.

—Marran, estás emprendiendo un camino que te llevará a la aniquilación.

—¿Me ayudarás, Jaina?

Jaina negó con la cabeza. No sabía qué decir.

Ante esta respuesta, el cuerpo de Marran pareció tensarse, como si estuviera preparándose para recibir un golpe.

—Sabía que no lo entenderías —dijo—. Y lo siento.

Jaina sintió un fuerte pinchazo, y algo resonó en el suelo de piedra. Jaina se llevó la mano al cuello y vio que tenía las yemas ensangrentadas. Se volvió para ver que una arquera salía del pasillo en sombras que tenían detrás. Era una mujer vestida con una larga capa negra con capucha: Zatacia, la misma que había disparado a Thrall e interceptado la carta de Jaina.

Entonces se desplomó sobre el duro suelo de piedra mientras se le escapaba el bastón de las manos. Levantó la cabeza y trató de centrar la vista en Marran al mismo tiempo que el mundo comenzaba a tornarse gris a su alrededor.

Marran se agachó y recogió un dardo del suelo antes de hacer lo propio con el pellejo del lobo.

—Eso no la matará, ¿verdad? No puedo permitirme el lujo de lidiar con toda la Alianza.

La arquera sonrió.

—Esta noche, la hija del mar dormirá plácidamente.

Y entonces Jaina se perdió en la oscuridad.

SOBRE EL AUTOR

Adam Christopher es el autor de varias novelas aparecidas en la lista de superventas del New York Times como Star Wars: Shadow of the Sith y Stranger Things: Darkness on the Edge of Town. También ha escrito novelas oficiales relacionadas con la exitosa serie de televisión de la CBS Elementary y para la galardonada franquicia de videojuegos Dishonored. Cocreador de la versión del siglo XXI del superhéroe de Archie Comics The Shield, ha trabajado como guionista para la serie Lazarus de Greg Rucka y Michael Lark en Image Comics y para el universo de Doctor Who de Big Finish. Adam ha contribuido a la antología del aniversario Star Wars: From a Certain Point of View, que es un éxito de ventas a nivel internacional, y también ha escrito para el cómic Star Wars Adventures de IDW, dirigido a todas las edades. Entre sus obras originales se cuentan Made to Kill y The Burning Dark, por citar algunas. Su primera novela, Empire State, fue nombrada Libro del año por SciFi Now y el Financial Times.